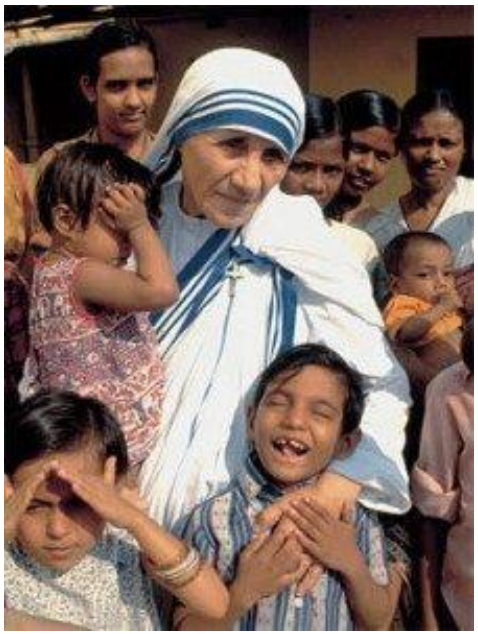
SILENCIO Y SERVICIO



PAPA FRANCISCO 2018

GAUDETE ET EXSULTATE ES LA EXORTACIÓN APOSTÓLICA DEL PAPA FRANCISCO PUBLICADA EN ABRIL DE 2018

SE PRESENTAN ALGUNOS PUNTOS DE LA MISMA DONDE SE RESALTA EL VALOR DEL SILENCIO Y DEL SERVICIO

26.

No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio.

26.

Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación.

26.

Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión.

28.

Una tarea movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, ciertamente no será santificadora.

El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo.

28.

De ahí que suela hablarse, por ejemplo, de una espiritualidad del catequista, de una espiritualidad del clero diocesano, de una espiritualidad del trabajo.

Por la misma razón, en <u>Evangelii gaudium</u> quise concluir con una espiritualidad de la misión, en <u>Laudato si'</u> con una espiritualidad ecológica y en *Amoris laetitia* con una espiritualidad de la vida familiar.

29.

Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios.

Al contrario.

Porque las constantes novedades de los recursos tecnológicos, el atractivo de los viajes, las innumerables ofertas para el consumo, a veces <u>no dejan espacios vacíos donde resuene la voz de Dios.</u>

Todo se llena de palabras, de disfrutes epidérmicos y de ruidos con una velocidad siempre mayor.

29.

Allí no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive.

¿Cómo no reconocer entonces que necesitamos detener esa carrera frenética para <u>recuperar un espacio personal,</u> a veces doloroso pero siempre fecundo, donde se entabla el diálogo sincero con Dios?

29.

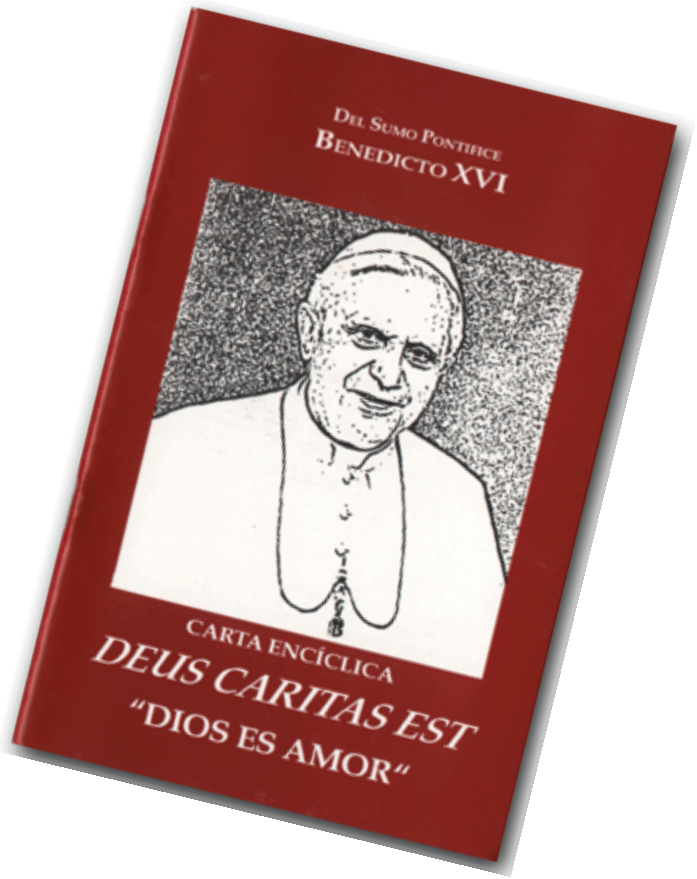
En algún momento tendremos que percibir de frente la propia verdad, para dejarla invadir por el Señor, y no siempre se logra esto si uno «no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, <u>si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical»</u>.

28

Así encontramos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas.

31.

Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor.



De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación.

33.

En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo.

33.

Los Obispos de África occidental nos enseñaron: «Estamos siendo llamados, en el espíritu de la nueva evangelización, a ser evangelizados y a evangelizar a través del empoderamiento de todos los bautizados para que asumáis vuestros roles como sal de la tierra y luz del mundo donde quiera que os encontréis».

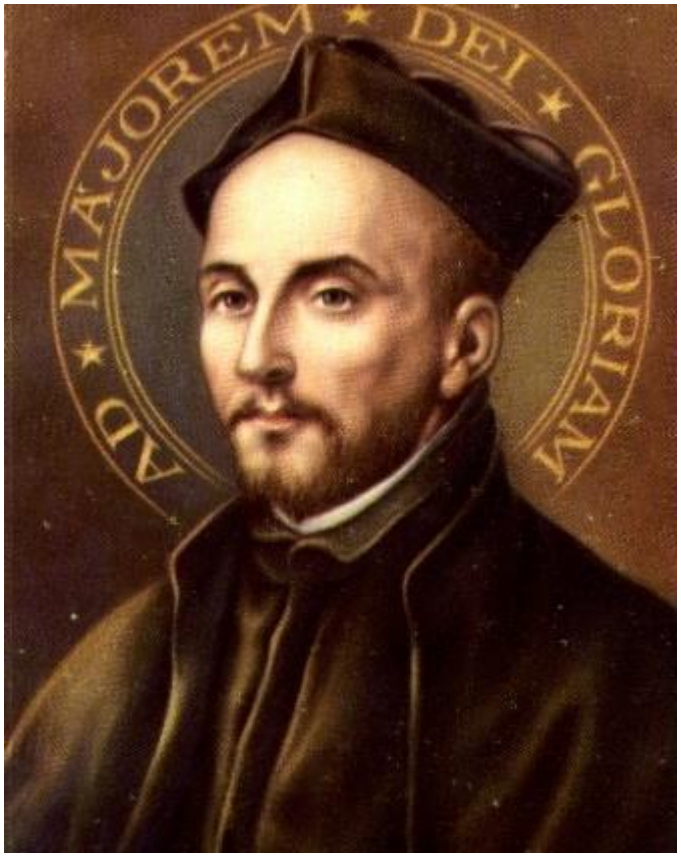
34.

No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios.

No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo.

34.
La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia.

En el fondo, como decía León Bloy,
en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos».



69.
La pobreza de espíritu está muy relacionada con aquella «santa indiferencia» que proponía san Ignacio de Loyola, en la cual alcanzamos una hermosa libertad interior:

69.

una hermosa libertad interior: «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás».

104.
Podríamos pensar que damos gloria a Dios solo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas —es verdad que el primado es la relación con Dios—, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás.

104.
La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor.

Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

106.

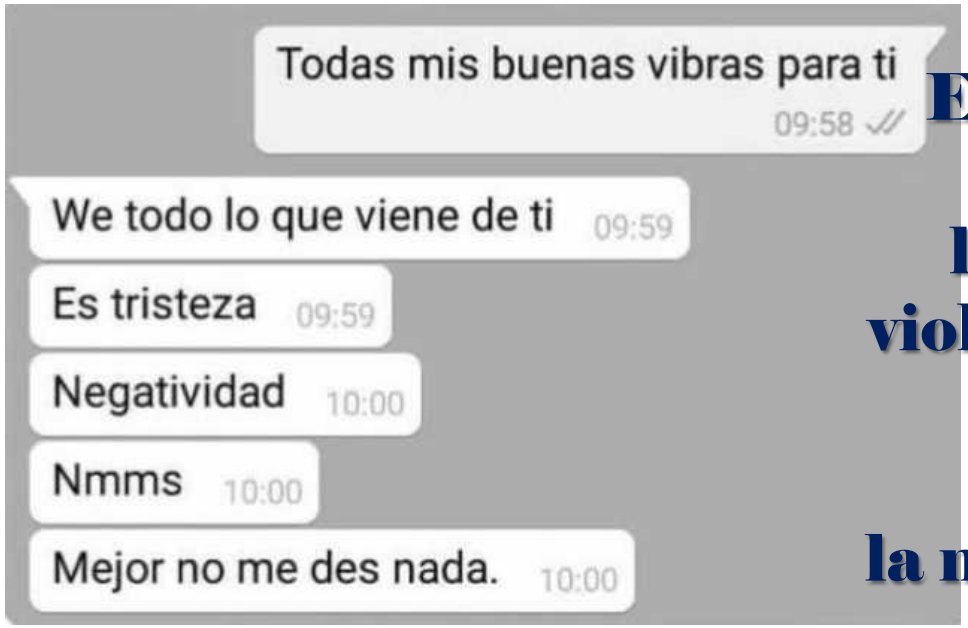
No puedo dejar de recordar aquella pregunta que se hacía santo Tomás de Aquino cuando se planteaba <u>cuáles son nuestras acciones más grandes, cuáles son las obras externas que mejor manifiestan nuestro amor a Dios.</u>

106.

Él respondió sin dudar que <u>son las obras de misericordia con el prójimo, más que los actos de culto</u>: «No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por él mismo, sino por nosotros y por el prójimo. Él no necesita nuestros sacrificios, pero quiere que se los ofrezcamos por nuestra devoción y para la utilidad del prójimo. Por eso, la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada, ya que causa más de cerca la utilidad del prójimo».

111.

Estas notas que quiero destacar no son todas las que pueden conformar un modelo de santidad, pero son <u>cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo</u> que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy.



III.
En ella se manifiestan:

la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita;

la negatividad y la tristeza;

la acedia cómoda, consumista y egoísta;

el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual.

Las recomendaciones papales son:

Aguante, paciencia y mansedumbre

Alegría y sentido del humor

Audacia y fervor

En comunidad

En oración constante

Aguante, paciencia y mansedumbre

112.
La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene.

Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos:

Aguante, paciencia y mansedumbre

112.
«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (*Rm* 8,31).

Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo.

A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, <u>está hecho de paciencia y constancia en el bien.</u>

Aguante, paciencia y mansedumbre

112.
Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios (*pistis*) también puede ser fiel frente a los hermanos (*pistós*), no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas.

El término evangélico "pistis" (fe), "pisteo" (creer), "pistos" (creyente) se usa en los libros del Nuevo

117.

No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente.

Aguante, paciencia y mansedumbre

117.

Esa es una sutil forma de violencia.

San Juan de la Cruz proponía otra cosa:

«Sea siempre más amigo de ser enseñado por todos que de querer enseñar aun al que es menos que todos».

Aguante, paciencia y mansedumbre

117.

Y agregaba un consejo para tener lejos al demonio:

«Gozándote del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón.

De esta manera vencerás el mal con el bien y echarás lejos al demonio y traerás alegría de corazón.

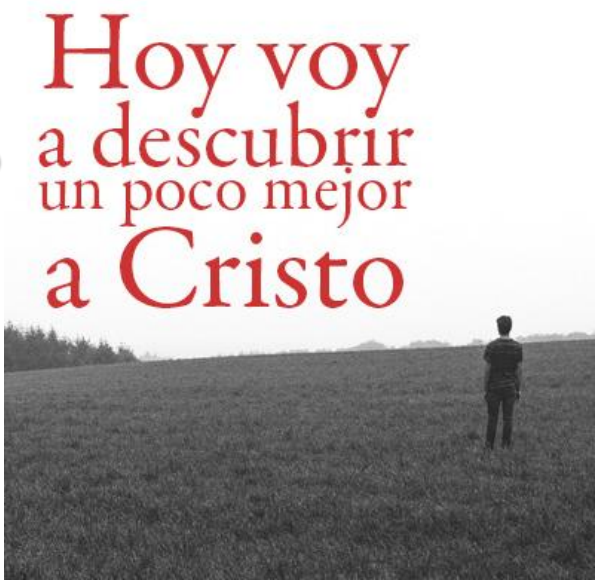
Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia.

Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella».

Aguante, paciencia y mansedumbre

120.

No digo que la humillación sea algo agradable, porque eso sería masoquismo, sino que se trata de un camino para imitar a Jesús y crecer en la unión con él.



Esto no se entiende naturalmente y el mundo se burla de semejante propuesta.

Es una gracia que necesitamos suplicar: «Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino».

Alegría y sentido del humor

122.
Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía.

El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor.
Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado.

Alegría y sentido del humor

122.
Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (*Rm* 14,17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...]

De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo».

122.
Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos «en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (*1Ts* 1,6).

Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (*Flp* 4,4).

128.

No estoy hablando de la alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy.

Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo.

128.

Me refiero más bien a esa alegría que se vive en comunión, que se comparte y se reparte, porque «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20,35) y «Dios ama al que da con alegría» (*2 Co* 9,7).

128.

El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros: «Alegraos con los que están alegres» (*Rm* 12,15). «Nos alegramos siendo débiles, con tal de que vosotros seáis fuertes» (*2 Co* 13,9).

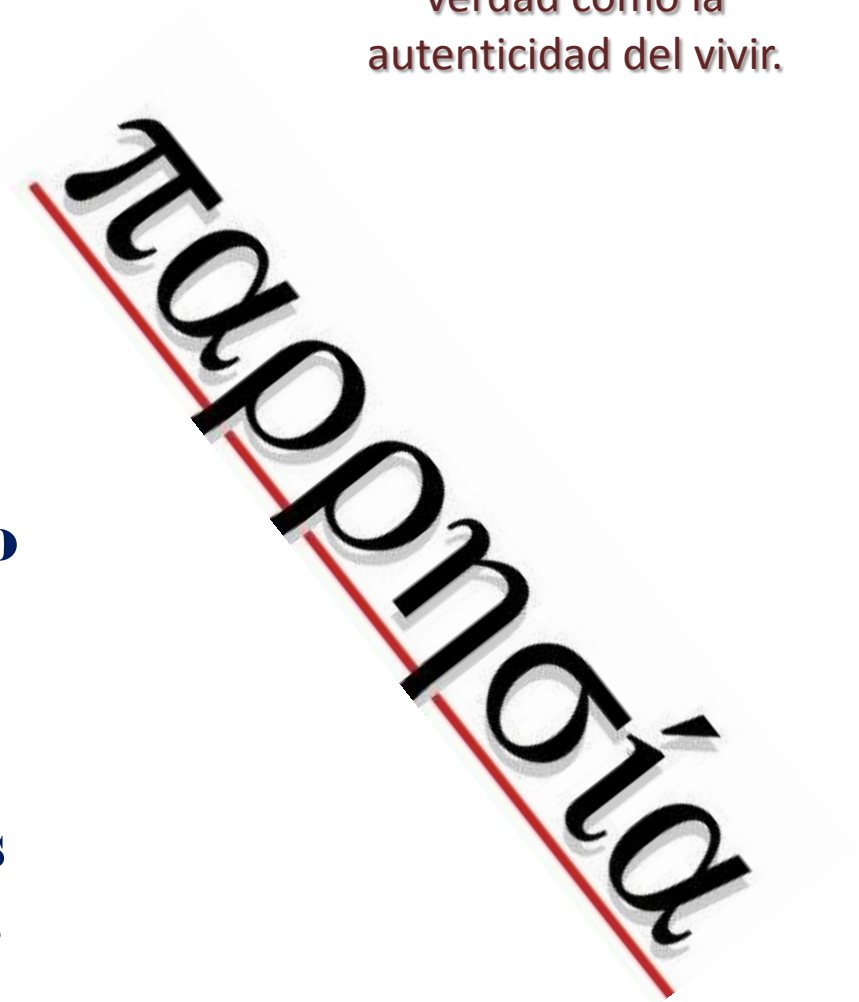
En cambio, si «nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría».

Audacia y fervor

129.
Al mismo tiempo, la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo.

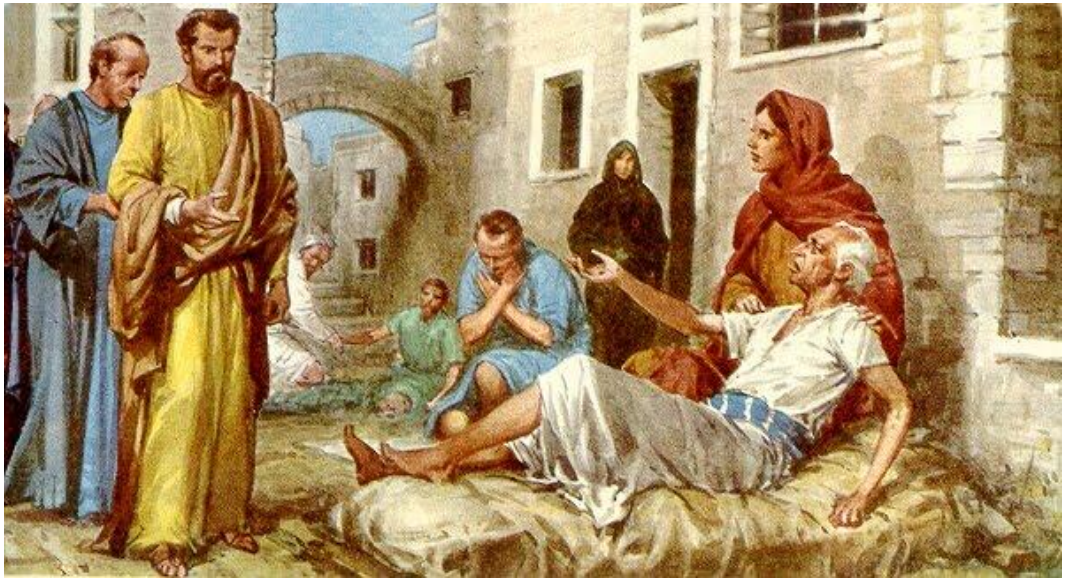
Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (*Mc* 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (*Mt* 28,20).

la Parresía vincula el decir con el hacer, esto es, el compromiso con la verdad como la autenticidad del vivir.



129.

Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo.



Audacia y fervor

129.
Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. *Hch* 4,29; 9,28; 28,31; *2Co* 3,12; *Ef* 3,12; *Hb* 3,6; 10,19).

Audacia y fervor

133.
Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros.

133.

Lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos.

Cuando los Apóstoles sintieron la tentación de dejarse paralizar por los temores y peligros, se pusieron a orar juntos pidiendo la parresía: «Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía» (Hch 4,29).

133.
Y la respuesta fue que «al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios» (Hch 4,31).

Audacia y fervor

138.

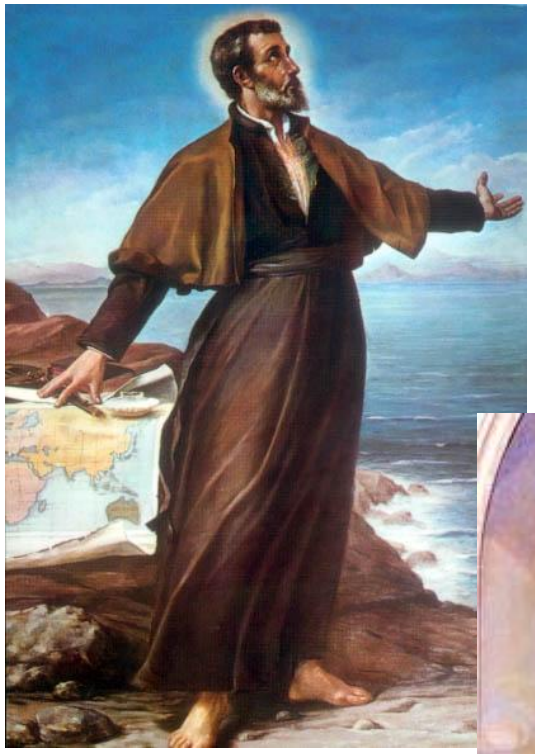
Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad.

Alfonso Ma. Ligorio

138.

Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida.

Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante.



SAN FRANCISCO JAVIER

SAN PEDRO CLAVER

En comunidad

140.
Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados.

En comunidad

140.
Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.

En comunidad

142.
La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado».

142.
Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera.

En comunidad

143.
Pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante.

La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos.

En comunidad

143.

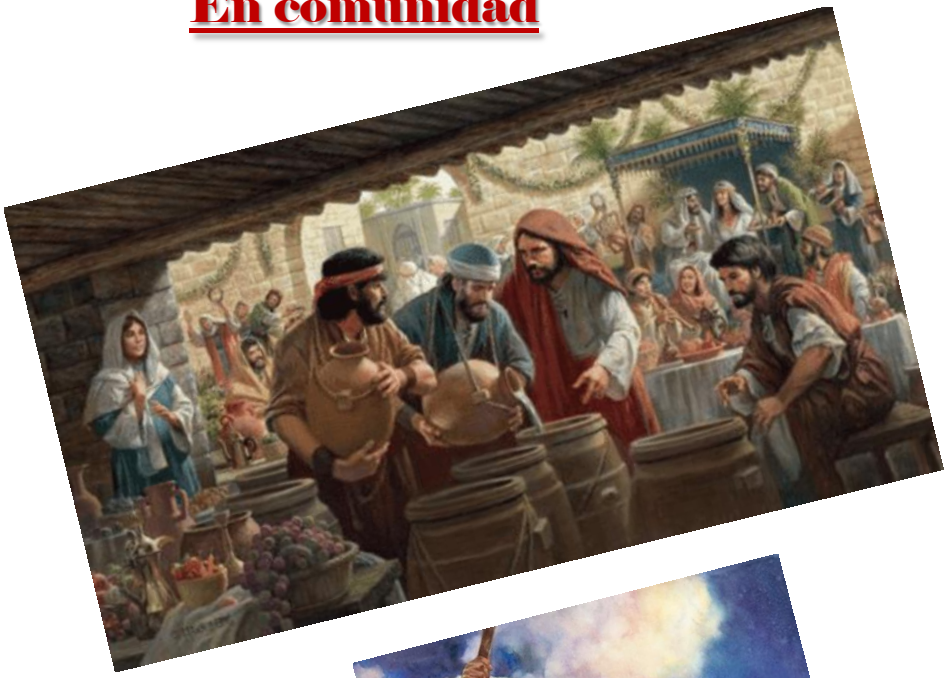
Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria.

También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

144.

En comunidad

Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles.



El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta.

El pequeño detalle de que faltaba una oveja.

144.
El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas.

El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora.

144.
El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían.

El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

146.
En contra de la tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás, nuestro camino de santificación no puede dejar de identificarnos con aquel deseo de Jesús:

«Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti» (Jn 17,21).

En oración constante

147.
Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración.

El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios.

147.

Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor.

No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

149.

No obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él.

Para santa Teresa de Ávila la oración es «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama».

149.

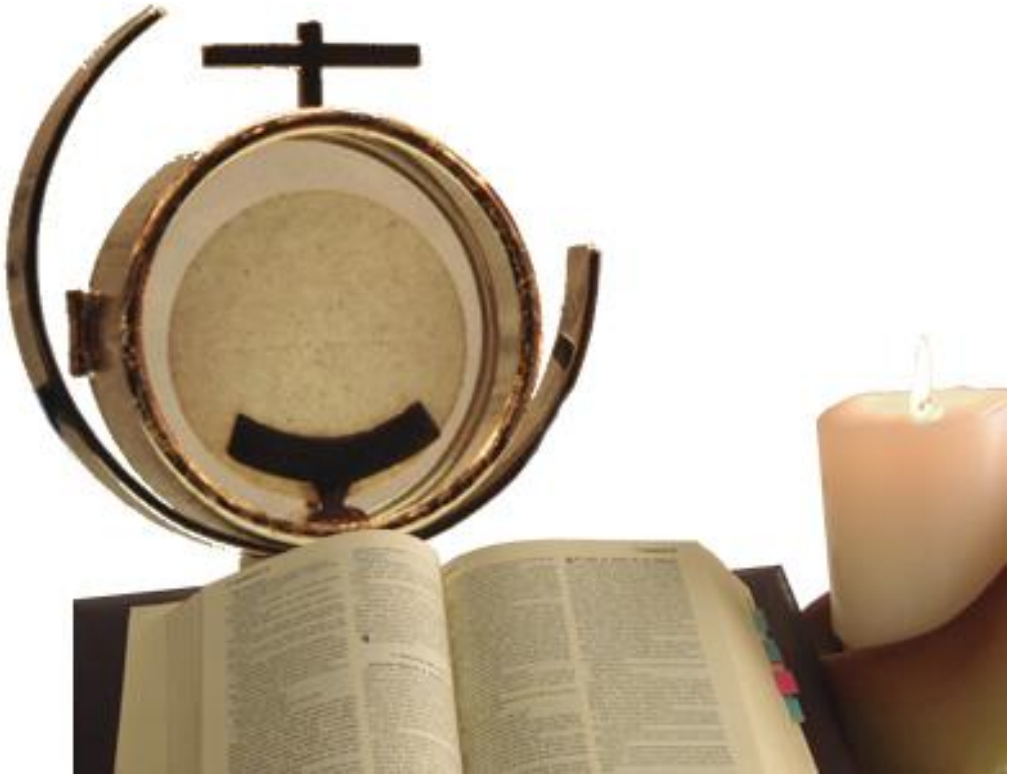
Quisiera insistir que esto no es solo para pocos privilegiados, sino para todos, porque «todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada».

149.

En oración constante

La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar

la suave voz del Señor que resuena en el silencio.



157.
El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva.

157.
Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece.

157.
Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora.

Conclusión

176.
Quiero
que María corone estas reflexiones,
porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús.

Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada.

176.

Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña.

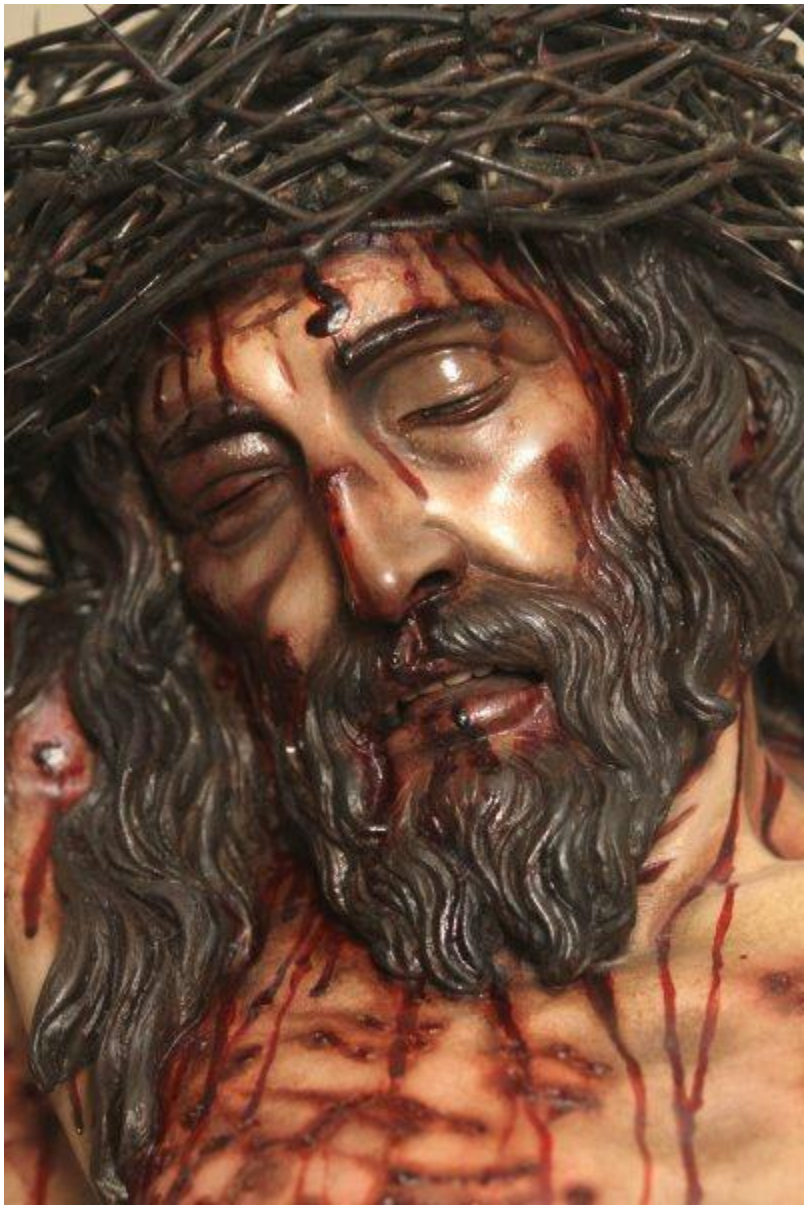
Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos.

Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica.

La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María…».

151.
Recordemos que «es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado.

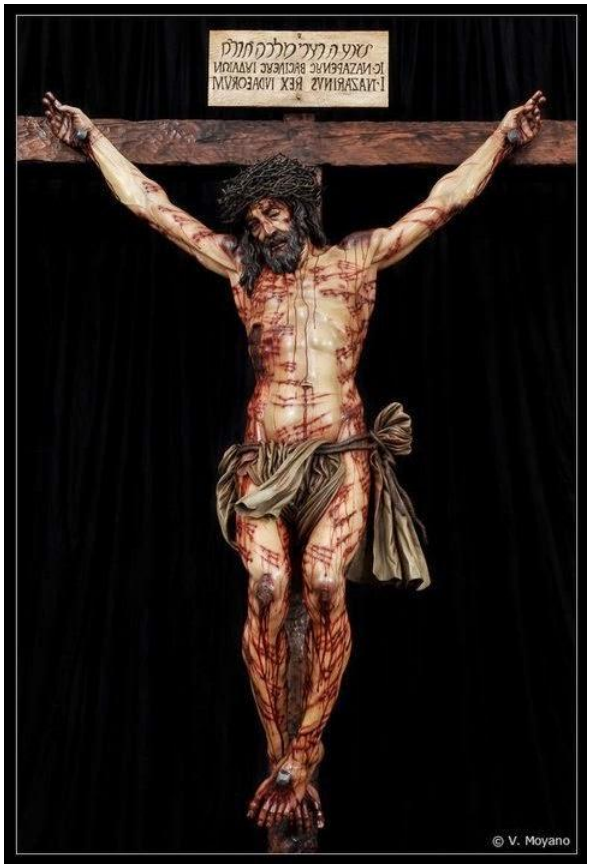
No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo».



151.

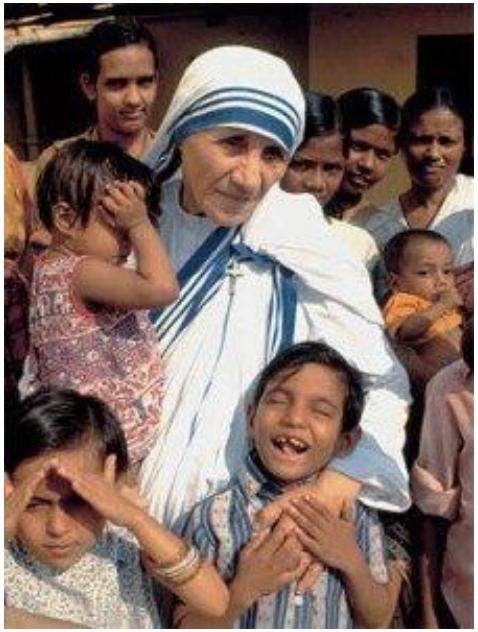
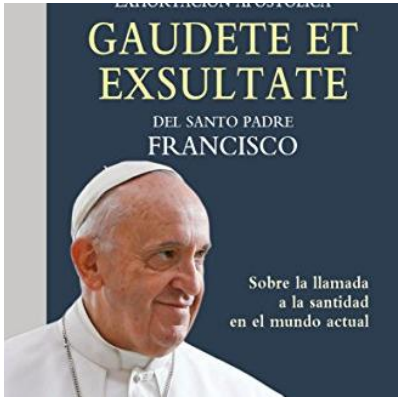
Entonces, me atrevo a preguntarte:
¿Hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él?

¿Dejas que su fuego inflame tu corazón?
Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego, y así ¿cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras?



151.
Y si ante el rostro de Cristo todavía no logras dejarte sanar y transformar, entonces penetra en las entrañas del Señor, entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina.

SILENCIO Y SERVICIO



PAPA FRANCISCO 2018